



## La vida es sueño

Apurar, cielos, pretendo,  
ya que me tratáis así,  
qué delito cometí  
contra vosotros, naciendo;  
aunque si nací, ya entiendo  
qué delito he cometido:  
bastante causa ha tenido  
vuestra justicia y rigor,  
pues el delito mayor  
del hombre, es haber nacido.

Sólo quisiera saber,  
para apurar mis desvelos  
(dejando a una parte, cielos,  
el delito de nacer),  
¿qué más os pude ofender  
para castigarme más?  
¿no nacieron los demás?  
pues si los demás nacieron,  
¿qué privilegios tuvieron  
que yo no gocé jamás?

Nace el ave, y con las galas  
que le dan belleza suma,  
apenas es flor de pluma,

o ramillete con alas,  
cuando las etéreas salas  
corre con velocidad,  
nagándose a la piedad  
del nido que deja en calma;  
y, teniendo yo más alma,  
¿tengo menos libertad!

Nace el bruto, y con la piel  
que dibujan manchas bellas,  
apenas signo es de estrellas  
(gracias al docto pincel),  
cuando atrevido y cruel  
la humana necesidad  
le enseña a tener crueldad,  
monstruo de su laberinto,  
y yo con mejor instinto  
¿tengo menos libertad!

Nace el pez, que no respira,  
aborto de ovas y lamas;  
y apenas bajel de escamas  
sobre las ondas se mira,  
cuando a todas partes gira,  
midiendo la inmensidad  
de tanta capacidad  
como le da el centro frío;  
y yo, con más albedrío,  
¿tengo menos libertad!

Nace el arroyo, culebra  
que entre flores se desata,  
y apenas, sierpe de plata,  
entre las flores se quiebra,  
cuando músico celebra  
de los cielos la piedad,  
que le dan con magestad  
abierto campo a su huída;  
y, teniendo yo más vida,  
¿tengo menos libertad!

En llegando a esta pasión,  
un volcán, un Etna hecho,  
quisiera arrancar del pecho

pedazos del corazón:  
¿qué ley, justicia o razón  
negar a los hombres sabe  
privilegio tan süave,  
excepción tan principal,  
que Dios le ha dado a un cristal,  
a un pez, a un bruto y a un ave?

D. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA.



## ¡ QUIEN SUPIERA ESCRIBIR !

- Escribidme una carta, señor cura.  
—Ya sé para quién es.  
—¿Sabéis quién es, porque una noche oscura,  
nos visteis juntos?—Pues.  
—Perdonad, mas . . . —No extraño ese tropiezo;  
la noche . . . la ocasión . . .  
Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo:  
*Mi querido Ramón:*  
—¿Querido? . . . Pero, en fin, ya lo habéis puesto . . .  
—Si no queréis . . . —¡Sí, sí!  
—*¡Qué triste estoy! ¿No es eso?—Por supuesto.*  
—*¡Qué triste estoy sin ti!*  
*Una congoja al empezar me viene . . .*  
—¿Cómo sabéis mi mal? . . .  
—Para un viejo, una niña siempre tiene  
el pecho de cristal.  
*El beso aquel, que de marchar a punto  
te di . . . —¿Cómo sabéis . . .*  
—Cuando se va . . . se viene . . . y se está junto,  
siempre . . . no os asustéis.  
*¿Qué es sin ti el mundo? Un valle de amargura.  
¿Y contigo? Un edén.*  
—Haced la letra clara, señor cura,  
que lo entienda eso bien.  
—*Y si volver tu afecto no procura,*

*tanto me harás sufrir . . .*  
—¿Sufrir y nada más? No, señor cura,  
que me voy a morir.  
—¿Morir? ¿sabéis que es ofender al cielo? . . . . .  
—Pues, sí señor, morir.  
—Yo no pongo morir.— ¡Qué hombre de hielo!  
¡Quién supiera escribir!  
¡Señor rector, señor rector! en vano  
me queréis complacer,  
si no encarnan los signos de la mano  
todo el ser de mi ser.  
Escribidle por Dios, que el alma mía,  
ya en mí no quiere estar;  
que la pena no me ahoga cada día,  
porque puedo llorar.  
Que mis labios, las rosas de su aliento,  
no se saben abrir;  
que olvidan de la risa el movimiento  
a fuerza de sentir.  
Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,  
cargados con mi afán,  
como no tienen quien se mire en ellos,  
cerrados siempre están.  
Que es de cuantos tormentos he sufrido,  
la ausencia el más atroz.  
Que es un perpetuo sueño de mi oído  
el eco de su voz . . . . .  
Que siendo por su causa, el alma mía  
goza tanto en sufrir!  
¡Dios mío! cuántas cosas le diría  
si supiera escribir! . . . . .

RAMON DE CAMPOAMOR.



## La obsesión de Fray Anselmo

A CIRO CEBALLOS

---

### I

. . . . . Así juró el hermano:  
“En la vida, en la muerte, a la vista del cielo,  
alma y cuerpo os ofrendo, casta flor del Carmelo.”  
¿Habéis jurado en vano?  
Marchad a vuestra celda, que os mande el Soberano  
su gracia y su consuelo.

El monje pálido bajó la frente;  
el monje pálido no protestó . . . . .  
como una ráfaga, febril, silente,  
con ojos tímidos de allí salió.

Y así que hubo salido dijo el prior:  
—Es un alma extraviada, os la encomiendo;  
a mayor extravío . . . . . más amor.  
Cuando enfermó Fabricio, a lo que entiendo  
le llamó a su taller; con el artista  
estuvo hasta su muerte . . . . . Deduciendo . . . . .  
tal vez . . . . quizá . . . . no le perdáis de vista.

II

Bien le vigilan  
y no es en vano;  
sólo vacilan  
en ponerse de acuerdo si el hermano  
hace cábala o pasa su breviario.  
¿Será que tiene devoción insólita?  
¿es que padece una obsesión indómita?  
¿a la luz del muriente lampadario  
por el Orco suspira o el Calvario?  
¿al asceta el Señor se revela?  
¿es Satán que su carne flagela?  
¿qué hace el monje en la celda?

¿conjura?  
¿implora?  
¿perjura?  
¿llora?

III

Hoy van a saberlo, valió el atisbar;  
ya tienen la llave, no vale cerrar. . . .  
Abrieron, penetran, descórrase el velo. . . .  
¡Horrible perjurió! ¡Madona del cielo!

Junto a una Venus de Milo  
está el fraile de rodillas;  
riega de su llanto el hilo  
las escuálidas mejillas.  
Como no advirtió los pasos,  
prosigue su adoración;  
cruza los canijos brazos  
y comienza su oración:

“El *Fiat lux* fué después que tú fuiste;  
te amó el Padre y fué Creador.

Su connubio engendró cuanto existe:  
soles, mares, la fronda y la flor.  
¡Deseada! la tierra y el cielo  
me dijeron tu nombre inmortal;  
lo aprendí de la tórtola en celo  
cuando arrulla. . . . ¡Afrodita triunfal!  
Tú das vida a la flor, y por eso  
en ti sueña la rosa en botón;  
al sentir tu prolífico beso  
se desgaja la glauca prisión.  
Con tus besos también se marchitan;  
las abraza *el dulcísimo mal*. . . .  
¡los ovarios ansiosos se agitan  
cabe el polen del rubio rosall!  
Con espasmos de virgen obsesa  
yo te he visto abrazada a la cruz,  
en la brava pasión de Teresa  
por el pálido asceta Jesús.  
¡Cuántas veces ansié con el alma  
sacudir tu imperiosa obsesión!  
¡todo inútil! Mataste mi calma,  
y en mis labios murió la oración.  
A la madre del cielo, mi cuita  
fuí a contarle y al ir a implorar,  
esfumose su imagen bendita,  
y quedaste de pie en el altar.  
De vencerte no siendo ya dueño,  
te dejé apoderarte de mí,  
y Mefisto tentome en el sueño,  
y mi sueño, aquel sueño, fué así:  
. . . . . Preludiaba la espuma argentada  
del discreto *champagne* la canción;  
circuían tu valva irisada  
la nereyda, el delfín, el tritón.  
Exclamaste: “He aquí que la esposa  
deja el cielo y se ofrece a su bien;  
me invitaste al festín, y la diosa  
a la cita apresúrase. . . . ¡ven!”  
Y tus brazos vertían deseo. . . .  
en tus ojos brilló no sé qué

mal velado en sutil parpadeo . . . .  
Iyo con rabia de amor te besé!  
y al besar con fruición tu piel blanca,  
despertome riendo Satán . . . .  
—¡Si es de piedra, y es ciega, y es manca . . . !  
sibilaba en mi oído el rufián.  
Ya lo ves . . . en vigilia o soñando,  
es mi eterna obsesión tu beldad . . . .”  
Y el prior le interrumpe gritando:  
—¡Oh relapso; blasfemo . . . ! ¡Callad!

IV.

Súbito incorporose el penitente;  
y tinto en púrpura el semblante flavo,  
creyó ser libre, y levantó la frente;  
vió su sotana . . . . ¡y comprendiose esclavo!  
En un ¡ay! exhaló su inmenso agravio;  
y aunque tuvo tal vez el contumaz  
la palabra “perdón” a flor de labio,  
vió a Citera y exclamó: ¡Jamás!  
Y al extender los amorosos brazos,  
consigo la arrastró; dió muerto en tierra,  
y al himno de la carne hecho pedazos,  
con los dedos crispados aun se aferra.

MARCELINO DAVALOS



## Cyrano de Bergerac



ROXANA Pues bien: si es llegado ese momento  
¿qué cosas me diréis?

CYRANO Todas aquellas  
que ocurrírseme puedan, las más bellas  
ofreceros intento,  
como de flores apretado ramo.  
Yo os quiero, yo me ahogo, yo sediento  
estoy de tu hermosura . . . . ¡Yo te amo!  
No puedo más; deliro, desfallezco,  
que entero me robaste el albedrío . . . .  
Tu nombre está en mi corazón, bien mío,  
como en un cascabel . . . ¡Todo lo llena!  
Y como de continuo me estremezco,  
constantemente el cascabel se agita,  
constantemente el dulce nombre suena.  
Todo lo que fué tuyo de algún modo,  
lo recuerdo, mi bien, pues lo amé todo.  
Acuérdome de un día del pasado  
año . . . el doce de mayo . . . . Tú, Roxana,  
para dar un paseo de mañana  
cambiaste de tocado.  
Divina claridad resplandeciente  
se me antojó tu rubia cabellera;  
cuando al sol se ha mirado fijamente,

si no ciegan los ojos, ven doquiera,  
en cada objeto, cercos encarnados:  
así cuando mis ojos deslumbrados  
dejan de contemplar la dulce hoguera  
conque a la par me ciegas y me hechizas,  
en todas partes ven manchas rojizas.

ROX. (*Con voz trémula*)  
Esto es amor....

CYR. ¡Oh, sí! Este sentimiento,  
triste y reconcentrado,  
del amor más violento  
tiene todo el furor desesperado.  
¡Y egoísta no es, yo te lo fió!  
¡Ah, no, que por tu bien diera yo el mío!  
.....  
¡Os hablo, y me escucháis, vos.... vos mi dueño!  
¿No es esto demasiado? ¿No es un sueño?

.....  
¡Son mis frases de amor, mi amante acento,  
mi apasionada y trémula querella  
lo que produce en ella  
hondo estremecimiento!....  
¡Sí! ¡Vos tembláis cual hoja entre las hojas!  
¡Sí! ¡Tú tiembles mi bien pues yo he sentido,  
de ese balcón entre las verdes tramas,  
de tu mano el temblor que ha descendido  
del jazmín a lo largo de las ramas!  
(*Besa con arrobamiento la extremidad de una rama.  
colgante.*)

ROX. ¡Sí! Tiemblo, y tuya soy, y gimo, y lloro,  
y embriáganme tus frases, y te adoro!

CYR. ¡Venga la muerte pues! ¡Yo, yo he sabido  
causar esa embriaguez, ese embeleso!.....  
Sólo una cosa os pido....

ROX. ¡Oh, sí! Decid....

CYR. Os pido sólo....

ROX. Y hablábais de.....de un....

CYR. Beso.  
Dulce fuera el vocablo en vuestra boca;

mas no lo pronunciáis. Si os quema el labio,  
¿qué no haría la acción? Sed generosa,  
venced vuestro temor... Sin daros cuenta,  
ha poco os deslizasteis sin zozobra  
de la risa al suspiro y del suspiro  
al llanto... Deslizaos más ahora  
y llegaréis al beso sin notarlo,  
pues la distancia entre ambos es tan poca  
que un solo escalofrío los separa.

ROX. ¡Callad!

CYR. Al fin y al cabo ¿qué es señora  
un beso? Un juramento hecho de cerca;  
un subrayado de color de rosa  
que al verbo amar añaden; un secreto  
que confunde el oído con la boca;  
una declaración que se confirma;  
una oferta que el labio corrobora;  
un instante que tiene algo de eterno  
y pasa como abeja rumorosa;  
una comunión sellada encima  
del cáliz de una flor; sublime forma  
de saborear el alma a flor de labio  
y aspirar del amor todo el aroma.

ACTO TERCERO. Fragmentos de las escenas VII  
y X.

EDMUNDO ROSTAND.

Trad. de L. VIA, J. O. MARTI y E. TINTORER.



## LO QUE SON MUJERES



SERAFINA Y DOÑA MATEA.

SERAFIN V. ¡Qué es ver unos figurones  
requebrar muy ponderados,  
con vocablos estudiados,  
afectando las razones!  
Cuando me asomo al balcón,  
¡qué es ver al que me se inclina,  
requebrar desde una esquina  
tentándose el corazón!  
¿A quién mil canas no quita,  
ver, cuando está enamorado,  
a uno muy tierno y barbado  
echar una lagrimita?  
Ríome con gran consuelo,  
cuando sus ternezas miro,  
de otros que aman de suspiro,  
con mirada de cielo.  
Pues si voy a lo parlado,  
tendremos materia harta:  
¡las necedades que ensarta  
uno que está enamorado!  
Ayer un amante orate  
mi mano alabó por bella;

— 185 —

pero a cada dedo della  
le dijo su disparate.  
Otro a la mano otra vez  
dijo, fingiendo pasiones,  
que en el picar corazones  
era mano de almirez.  
A mi boca otro menguado  
dijo (con frialdad no poca):  
“cada labio desa boca  
es un bocacé encarnado”.  
A mi pelo, sin recelo,  
dijo un calvo, muy de veras,  
que para hacer cabelleras  
tenía extremado pelo.  
Díjome otro con pasión:  
“guardad esos dientes bellos,  
Serafina, que con ellos  
me mordéis el corazón”.  
Y aun éstos son los mejores,  
si a oírlos te persuades,  
los que no hablan necedades  
son quien las dicen mayores;  
cuando alguno me contente,  
si le procuro escuchar,  
al punto empieza a llamar  
campo del amor mi frente.  
Luego un divino arrebol  
mi cabello da en despojos,  
luego que mis negros ojos  
le dan dos higas al sol.  
Que porque no le hagan mal  
cuando competirlos ves,  
dicen, que mi nariz es  
un montante de cristal.  
Mis cejas, si este ha alabado,  
son instrumento de un dios  
desde cuyos arcos dos  
dispara, flechas, vendado.  
Si dientes, y boca aquel,  
verá el que quiera cogerla,

suelta tanta de la perla,  
listo tanto del clavel.  
La garganta no es cuestión,  
que es pasadizo de nieve  
por donde a subir se atreve  
por la boca el corazón.  
Y ansí Rafacla sabrás,  
que mi constancia te avisa  
que el que habla mal, me hace risa  
y el que habla bien, me hace más.  
Con verlos, de su amor luego  
se hace dueño mi desdén,  
y con oírlos también  
vengo a triunfar de su ruego.  
No viene a ser castigarlos  
no oírlos, ni verlos jamás;  
sólo es castigarlos más  
oírlos, verlos y dejarlos.

.....  
D. MAT. ¿Qué gusto puede tener  
quien quiere mal a los hombres?  
A un hombre de lindo talle,  
dí ¿quién sabe hacer desprecio  
de verle pisar tan recio  
que desempiedra la calle?  
Con recato y con decoro  
cuando empuñan el rejón,  
¿quién no cobrará afición  
a un hombre que mata un toro?  
¿Qué mujer no cobra amor  
a aquel que en lid concertada  
obra con la negra espada,  
y con la blanca mejor?  
Si el oírlos te da enojos,  
¿por qué ha de ser permitido  
que eche a perder el oído  
el crédito de los ojos?  
Que mientan es más blasón  
de la que quiere y suspira,  
cuando pasa la mentira

plaza de satisfacción.  
Al que no teme, también  
le puedes recompensar  
lo que le llega a costar  
fingir que te quiere bien.  
Los que son falsos amantes  
que no han de vengarse ves  
por mucho que hagan después  
de lo que sufrieron antes.  
Quien no te quiere ofender  
y contigo está contento,  
de uso, y no aborrecimiento  
solicita otra mujer.  
¿Pues por qué se ha de enojar  
el que tuyo llega a ser,  
si es una cosa querer  
y es otra cosa variar?  
El que a otra quiere después,  
que no la querrá te arguyo  
por el desmérito tuyo,  
que por su inconstancia es.  
Pero ¡cuán agradecido  
vendrá y con mayor deseo  
el que después otro empleo  
vuelve amante arrepentido!  
Hermana, de errores tales  
no te admires ni te asombres;  
creeme, y quiere a los hombres,  
que son bellos animales.  
SER. Y de celos el dolor  
¿a quién no causa recelos?  
D. MAT. Si no se usaran los celos  
¿de qué sirviera el amor?  
SER. ¡Qué! ¿tanto los quieres?  
D. MAT. Sí  
SER. De tí me vengo a cansar  
tanto, que te he de casar,  
porque me venguen de tí.  
D. MAT. Agradecerte debiera  
la venganza que merezco.

- SER. Digo que casarte ofrezco;  
¿pero hallarás quien te quiera?
- D. MAT. Para que yo tome estado  
y porque vengada estés,  
basta que tú me des  
un amante desechado.
- SER. ¿El que adoró mi beldad  
cómo ha de poder quererte?
- D. MAT. Dos mil cosas de esa suerte  
suele hacer la variedad.

Jornada Segunda.

FRANCISCO DE ROJAS ZORRILLA.



Del rey abajo ninguno y labrador  
más honrado García del  
Castañar.

D. GARCIA ¿El Rey de un villano intonso?

REY. Y tanto el servicio admira  
que hicisteis a su corona  
ofreciendo ir en persona  
a la guerra de Algecira,  
que si la corte seguís,  
os ha de dar a su lado  
el lugar más envidiado  
de palacio.

D. GARCIA ¿Qué decís?

Más precio entre aquellos cerros  
salir a la primer luz  
prevenido el arcabuz,  
y que levanten mis perros  
una banda de perdices,  
y codicioso en la empresa  
seguirlas por la dehesa  
con esperanzas felices  
de verlas caer al suelo,  
y cuando son a los ojos  
pardas nubes con pies rojos,  
batir sus alas al vuelo,